

LA «OPERACION TARRADELLAS»

Por Wifredo ESPINA

CATALUÑA tendrá Generalitat y autonomía. Generalitat negociada y autonomía aprobada en Cortes. Y el punto de arranque del «sprint» legal de todo ello habrá sido la espectacular, audaz y habilísima «operación Tarradellas». Una «operación» que ha comprometido al Gobierno a restaurar la secular institución catalana y ha llevado al presidente de la Generalitat en el exilio a reconocer la Monarquía y acatar la legalidad. Una «operación», también, que abre el camino a la autonomía vasca y a la de otros pueblos hispanos.

Es lógico, entonces, preguntarse de quién ha sido, en verdad, la iniciativa de esta «operación Tarradellas» vivida recientemente en Madrid. La iniciativa de ese viaje sorpresa y de esas negociaciones fructíferas. ¿Iniciativa de Josep Tarradellas? ¿Del presidente Suárez? ¿Del propio Rey? Tal vez, políticamente, sea mejor que la respuesta a estos interrogantes permanezca en la penumbra de la duda. Apuntarse un tanto así o correr semejante riesgo compromete mucho en política. Pero la historia tendrá la obligación de esclarecerlo. ¿Por qué, entonces, no aportar desde ahora cuantos elementos puedan dar alguna luz?

Después del comunicado-acuerdo suscrito entre el Gobierno y el honorable Tarradellas —con el beneplácito de Raventós— no creemos sea deslealtad ni pueda ya entorpecer nada, si revelamos algún aspecto aún secreto, vivido personalmente, de los inicios de esa «operación». Puede ayudar a interpretar la afirmación de Carrillo, tras su entrevista con el político catalán, de que la iniciativa había sido del presidente Suárez. Puede completar las palabras de Jordi Pujol quien, sorprendido por todo lo ocurrido, hacía público que días antes, desde altas instancias, se le había requerido para que la Asamblea de parlamentarios catalanes no se pronunciará pidiendo que Tarradellas la presidiera, ya que se estaba estudiando el asunto. Y puede concretar las declaraciones de Carlos Sentís, que ha sido, finalmente, el intermediario efectivo y eficaz de la «operación», cuando nos cuenta sus primeros pasos. «Tarradellas —nos explica Sentís— me llamó al día siguiente de celebrarse las elecciones para felicitar me por haber salido elegi-

do diputado y me dijo exactamente que precisamente por ser diputado de Suárez, catalán y amigo suyo podía jugar un gran papel. "Piensa lo que puedes hacer." Yo deduje de esta frase —añade Sentís— que, en efecto, podía utilizar mi situación para llevar a término algo que se había ensayado tiempo atrás sin que, desgraciadamente, pasara de ser un intento, pero no a altos niveles.»

Ese intento de «tiempo atrás» de traer a Tarradellas eran los contactos secretísimos mantenidos por otro catalán, Ortíz, y un vasco, Olarra, ambos con buenas relaciones gubernamentales, con el presidente de la Generalitat en el exilio el pasado otoño. Ortíz y Olarra han jugado también un papel importante en la «operación» de ahora. Sin embargo, ya durante el mandato de Arias y Fraga había habido contactos con personas interpuestas, entre el Gobierno y Tarradellas. Esto nos lo confirmó el propio Josep Tarradellas, en amistosa e inolvidable charla a altas horas de la madrugada del 11 de febrero pasado, en el hotel France de Perpiñán. Pero lo que se negó a revelarnos fueron los nombres de los «intermediarios», tanto de Arias como de Suárez, en todos aquellos contactos. Fue precisamente el secretismo en torno a esto que nos hizo dudar a los medios políticos sobre la auténtica realidad y trascendencia de aquellos contactos. ¿Fue también este hermetismo o fue una «lucha de celos» lo que provocó el choque frontal —ahora, al parecer, superado— entre Tarradellas y Jordi Pujol, hasta entonces grandes amigos? ¿Ignoraba Pujol esos contactos, no creía en su viabilidad, o temió por su protagonismo —como nos insinuaba el mismo Tarradellas en aquella charla—, cuando se decidió a negociar con Martín Villa, con Suárez y con la propia oposición de Madrid? La publicación de ciertas cartas confidenciales —cuyas fotocopias me entregó el presidente de la Generalitat en el exilio— ayudarían sin duda a aclarar este punto. No creo estar en el derecho de revelar nada más sobre este incidente, que vivió muy de cerca otro periodista, el amigo Ibáñez Escofet.

LO que si creo debo decir es que ya entonces Tarradellas, hábil político, sostenía invariablemente su tesis de que debía negociar con Madrid, con el Gobierno, con la Monarquía, y no con la oposición, madrileña, en cuya fuerza y promesas no creía mucho. Y esto viene a confirmar ahora Joan Cornudella, íntimo amigo de Tarradellas y líder del Front Nacional, cuando afirma que «el Front ha estado siempre a favor de la negociación con el Gobierno de Madrid y de que éste fuera llevado a cabo por Tarradellas». ¿Puede concluirse de esto que la iniciativa de la reciente «operación» ha partido del presidente de la Generalitat en el exilio?

El 5 de junio pasado, intentando hacerme eco del estado de ánimo reinante en los últimos meses en Cataluña, publiqué en «El Correo Catalán» una «Carta al Rey» que tuvo la fortuna de ser muy reproducida y comentada a altos niveles. Jaime Miravittles, ex comisario de Propaganda de la Generalitat con Tarradellas, dos días después publicaba un artículo con parecida tesis en el diario «Avui». Aquella «Carta al Rey» podía haber dado en la diana. En síntesis, se pedía en ella que se iniciara inmediatamente el proceso hacia la autonomía de Cataluña, derogando incluso antes de las elecciones el decreto franquista de 5 de abril de 1938 que se cargó el Estatuto de 1932, y con un gesto del Rey que indicara inequívocamen-

te que sería restablecida la Generalitat sobre los principios e instituciones de aquel Estatuto, pero dejándose su definitiva articulación a las futuras Cortes. Pero previamente había que dejar sin efecto el tan denostado y antidemocrático Consejo General de Cataluña, patrocinado por Samaranch, pero rechazado por todo el mundo, pese a haber sido «un instrumento útil para desbloquear un tema hasta entonces tabú».

Pues bien; dos días después de aquella «Carta al Rey» un cualificado representante del Gobierno Suárez —cuyo nombre aún no debo revelar— me pedía una entrevista urgente para tratar este tema. La entrevista se celebró al atardecer del día 7 de junio y duró dos largas horas. Nos dedicamos a buscar una fórmula política y jurídicamente válida, para la derogación inmediata del desdichado decreto de 5 de abril de 1938, que debía aprobar el Consejo de Ministros próximo; a esbozar un primer paso a dar por las altas instancias del Estado hacia la restauración de la Generalitat; y, con estos datos concretos, a estudiar la estrategia de un contacto, a través mío, entre el Gobierno y Tarradellas. El cerebro de todo ello sería ese gran conocedor de Cataluña que es Martín Villa, que también lo ha sido en la última «operación» coronada por el éxito.

SEGURAMENTE fueron el olfato político de Suárez, que consideró que aquella operación, a escasos días de las elecciones, podía interpretarse como un acto electoralista, y la cerrazón de Josep Tarradellas en una conversación telefónica en la que le anunciaba la posibilidad de entrar en un verdadero diálogo a alto nivel, las causas que congelaron este nuevo y desconocido intento de negociación. Por otra parte, la situación dimisionaria de Fernández-Miranda como presidente de las Cortes, impidió la derogación entonces por decreto-ley del decreto de 5 de abril de 1938 —que es de esperar que ahora se produzca pronto—, y el Consejo de Ministros tuvo que limitarse a dejar sin efecto aquel Consejo General de Cataluña.

Es significativo, sin embargo, que en la referida conversación telefónica Tarradellas, cuyas cualidades humanas y políticas impresionan, siguiera afirmando que la única solución era negociar «en Madrid». ¿Estaba tal vez intentando establecer contactos a través de los anteriores intermediarios? En todo caso, lo que queda claro es que tanto por parte del Gobierno —¿por inspiración del Rey?— como por parte del presidente de la Generalitat en el exilio, había interés en negociar ya antes de las elecciones. Las voluntades coincidían, faltaba sólo romper ciertas reticencias.

EL resultado de las elecciones, con el triunfo mayoritario de socialistas y comunistas en Cataluña, con postergación del nacionalismo burgués, fue, sin duda, el detonante que hizo saltar aquellas reservas. La petición unánime —con el único voto en contra de López Rodó— de la Asamblea de Parlamentarios catalanes a favor del regreso de Tarradellas, aceleraría aún más las cosas. Fue, en efecto, tras aquella histórica Asamblea en el antiguo Parlamento de Cataluña —de cuyas llaves hizo entrega a diputados y senadores el alcalde Socias Humbert— cuando Sentís, cabeza de lista de la candidatura Suárez, habló con el presidente del Gobierno y se ponía en marcha la definitiva «operación»: la operación Tarradellas-Generalitat-Autonomía.

¿Iniciativa de Tarradellas, de Suárez, del propio Rey? Quede esto para los historiadores. Para los políticos; lo que interesa es saber que por encima y detrás de aquellas voluntades de diálogo coincidentes, la verdadera iniciativa ha sido del pueblo catalán, manifestada en las